

CAPÍTULO XXII

Génova y la Córcega. — Tratado de Compiègne. — Mr. de Marbœuf. — Los Paoli. — Lucha contra la Francia. — Mr. de Chauvelin en Córcega. — Es batido. — El conde de Vaux. — Fuga de los Paoli. — Nacimiento de Napoleón Bonaparte en Ajaccio. — Mad. Dubarry. — Sus principios. — Mr. de Lauzún. — El conde Juan Dubarry. — El garito. — Los ojos del conde Juan. — Mr. de Fitz-James. — Alojamiento y vuelta de Lauzún. — Pacto entre éste y la señorita Lange. — Lebel, ayuda de cámara del rey. — Mr. de Choiseul y la señorita Lange. — Mrs. de Richelieu y de Aiguillon. — Historia de Juana. — Profecía del duque de Richelieu. — Lange agrada al rey. — Se casa con el conde Dubarry. — Es presentada en la corte. — El rey de Dinamarca en París, y las damas de la Ópera. — Negociaciones para el matrimonio del delfín. — La casa de Austria. — María Antonieta. — El abate Vermont. — Educación de la archiduquesa. — Instrucciones de la emperatriz. — Las del delfín. — Llegada de la delfina á Francia. — Presagios.

En tanto que acontecía en París y Versalles cuanto acabamos de referir, operábase en una isla del Mediterráneo un cambio de dominación, que andando el tiempo, debía ejercer extraordinaria influencia sobre los negocios de Francia y de la Europa entera.

El 7 de agosto de 1764, la república de Génova, cansada de la lucha que por espacio de descientos años sostenía contra la Córcega, se dirigió á la Francia

pidiéndole su auxilio, y firmó el tratado de Compiègne, por el cual se comprometió el rey á guarnecer durante cuatro años las plazas de Ajaccio, de Calvi, de Algajola y de San Florencio.

Confióse el mando de la expedición á Mr. de Marbœuf, y las tropas francesas desembarcaron en Córcega en el mes de diciembre 1764.

Pascual Paoli era el héroe de la Córcega, pues hacia diez años que estaba combatiendo sin descanso contra Génova por la libertad de su patria. Al saber el arribo de los franceses, conoció que éstos eran los verdaderos y más terribles enemigos de la independencias corsa, y sin perder momento escribió á Mr. de Choiseul; pero mientras entablaba con el primer ministro una correspondencia animada, que debía infundirle esperanzas para lo sucesivo, el rey firmó con la república de Génova el tratado de 15 de enero de 1768, que establecía el principio de reunión de la Córcega á la Francia.

No bien fué conocido en Córcega este tratado, cuando Paoli reclamó contra un pacto, que sin consulta previa de la parte interesada, entregaba una nación á otra: viendo después que sus enérgicas representaciones no producían resultado alguno, se preparó á conciliar contra la Francia la lucha, que tanto él como su padre habían sostenido gloriosamente contra Génova.

Al principio pareció que la fortuna sonreía á los esfuerzos del obstinado defensor de la libertad de su país. Luis XV envió á Córcega á su anciano amigo Chauvelin, hábil cortesano, pero general sin experiencia, que presentando al enemigo líneas demasiado extensas, era batido en encuentros parciales por fuerzas, cuyo número apenas ascendía á dos terceras par-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIB. IOTÉCA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

tes de las suyas. El campamento francés de San Nicolás quedó en poder de los corsos; al de Borgo cupo la misma suerte á la vista del mismo general en jefe, y fué tan grande el terror que se apoderó de las tropas invasoras, que cincuenta independientes llegaron á batir á ocho compañías de granaderos.

No habia tiempo que perder, Luis XV llamó á Mr. de Chauvelin, reemplazándole con el conde de Vaux, quien al frente de 20,000 hombres puso á los corsos entre dos fuegos, y el 9 de mayo de 1769 los destruyó en la batalla de Ponte-Nuovo.

Esta batalla hizo desvanecer todas las esperanzas de Paoli, quien se embarcó precipitadamente para Liorna, y de allí pasó á Inglaterra con su hermano y sus sobrinos.

Á contar desde este momento, la isla fué verdaderamente nuestra.

Tres meses después de la fuga de Paoli, es decir, el 15 de agosto de 1769, nació en Ajaccio un niño llamado Napoleón Bonaparte, el cual debió al tratado de 15 de enero de 1768 la cualidad de francés.

Es cosa extraña que esta expedición de Córcega nos conduzca á dar á conocer á nuestros lectores á una mujer, bastante desconocida aún á principios de eneró de 1769, y que debia, no obstante, hacer un papel tan grande cinco años después en la corte de Francia.

Hablamos de la condesa Dubarry, quien en esta época no se llamaba aun así; pero ni tampoco ya Juana Vaubernier, sino la señorita Lange.

Porqué el recuerdo de la señorita Lange ya unido á la expedición de Córcega, va á decírnoslo Mr. de Lauzún.

Tenia éste á la sazón 21 años, era ayudante de

campo de Mr. de Chauvelin y amante de aquella famosa princesa Czartonika, que hizo con él, vestida de hombre, la campaña de Córcega.

Había hecho conocimiento Lauzún en el baile de la Opera con una encantadora máscara que le dió su nombre y sus señas, esto es, el nombre y las señas de su amante, el conde Juan Dubarry.

Semejantes señas dadas á jóvenes y arrogantes señores por su querida, era una de las especulaciones del conde Juan Dubarry, quien reunía una alegre sociedad de jóvenes de ambos sexos, y se entregaba al juego.

Poco escrupuloso para ocuparse de lo que hacian las demás mujeres; menos celoso aún para inquietarse de lo que podría hacer su querida, ocupábase principalmente del juego, y á no dudarlo él fué quien dió origen al contraproverbio de «desgraciado en amores, afortunado en el juego.»

No bien hubo entrado Lauzún en casa del conde Juan, cuando conoció que se hallaba en un gazapón horrible; pero las malas compañías no asustaban á los jóvenes señores de la corte de Luis XV, y mientras que su amigo Fitz-James contestaba á los halagos de la señorita Lange, jugaba el conde Dubarry, el cual, refiere Lauzún, formaba la partida con sobrada libertad, á que se presentaba en bata y con sombrero puesto, aun cuando este último, además de que creía él ser pequeño inconveniente en presencia de personas de la alcurnia de Lauzún y de Fitz-James, tenia por objeto el sostener dos manzanas cocidas aplicadas delante los ojos del conde por medida higiénica.

Si fué la vista de aquellas dos manzanas cocidas, ó el recuerdo de su princesa polaca, lo que hizo á Lauzún no disputar á su amigo la posesión de la bella

Lange, esto es lo que no nos dice aquél; pero si que pocos días después de su marcha supo que aquella á quien había desengañado fué presentada al rey, produciendo grande impresión en S. M.

Presintiendo sin duda el porvenir, no quiso Lauzún dejar á París sin despedirse de la puerida del conde que tan finamente le había recibido, y estaba bien claro se había dedicado á Fitz-James á falta de otra cosa.

Encontróla más linda y risueña que nunca, y al decirle ella que jamás le olvidaría á pesar de su ausencia, contestó Lauzún:

— Vaya, pues acordaos de que si vos sois la querida del rey, yo quiero mandar un ejército.

— No me parecéis muy ambicioso; yo querida del rey os hago ministro.

— ¡Bah! ¿y Mr. de Choiseul? dijo Lauzún.

— Detesto á ese hombre, contestó Lange.

— Veamos porqué me decís eso, preguntó Lauzún.

Lange era una buena muchacha y no se hizo de rogar; las desdichadas manzanas cocidas de Juan Dubarry producian aun su resultado. Para llegar hasta el rey habian indicado á Lange el medio de Mr. de Choiseul. Á éste le pareció la joven encantadora, pero habia visto las fatales manzanas cocidas, y la inquietud que le habian hecho experimentar fueron causas para Lange de una humillación que perdonaba á Lauzún, más de ningún modo á Mr. de Choiseul.

Partió, pues, Lauzún con la doble idea de que, si la señorita de Lange era alguna vez querida del rey, sería amiga suya y enemiga de Mr. de Choiseul.

Vamos á decir ahora cómo, á pesar de los egoístas escrúpulos de Mr. de Choiseul, vió al rey la señorita Lange.

Habíanse dirigido á Lebel, verdadero conducto del cual se habian separado en un principio.

Lebel, de quien ya hemos hecho mención en circunstancias semejantes, era el ayuda de cámara del rey y el inventor de la famosa institución del Parque de los Ciervos, tan filosóficamente tolerada por Mad. de Pompadour. Exigió la etiqueta que ningún rey comiese plato alguno sin haber sido probado antes, y este cargo le habia desempeñado largo tiempo en las empresas amorosas del rey Mr. de Richelieu, quien llegado al fin á una edad en que le parecia preferible una prebenda á un empleo tan activo, encargó á Lebel el desempeño de unas funciones á las cuales le era forzoso renunciar.

Vió Lebel á la señorita Lange, se quedó prendado de su belleza, no le asustaron las dos manzanas del conde Juan, y dió al duque de Richelieu una razón tan detallada del tesoro que acababa de hallar, que el duque quiso juzgar de vista, ya que no de otro modo, que no habia nada de exageración en el relato de Lebel.

El duque quedó satisfecho.

Alióse entonces el duque de Aiguillon, y se extendieron, para el caso de un éxito favorable, las condiciones de un tratado con la nueva favorita, á la que empezaron exigiendo únicamente una completa confesión de lo pasado para estar dispuestos á hacer frente en caso necesario, así á las murmuraciones como á las calumnias.

La linda Magdalena no ocultó ninguno de sus pecados, y refirió lo siguiente:

Habia nacido en Vaucouleurs, patria de Juana de Arc, en 1744, y tenia por consiguiente 24 años; era hija de una cocinera y de un fraile; llamóse al prin-

cipio Juana Vaubernier, y con este nombre empezó su educación en casa de una modista, de donde pasó luego á otra casa mucho menos honrada, pero en cambio mucho más conocida, la de Mad. Gourdan. Allí dejó su nombre para tomar el de Laucou. Cierta noche que iba algo alegre el conde Juan Dubarry, la encontró en la esquina de una calle, subió con ella á su habitación, y al día siguiente se la llevó consigo á su propia casa: más tarde, en un momento de enfado, se la vendió á Radix de Sainte-Foy, jefe de sección del ministerio de Estado, quien la devolvió algún tiempo después al conde Dubarry, el cual la puso esta vez, con el nombre de Lange, al frente del gazapón, en donde la vió Lauzún y donde la conoció Lebel.

Mucho daba que pensar semejante confesión; Lebel y el duque de Aiguillon se asustaron de tales antecedentes; pero el dñque de Richelieu, sin extrañarse de nada, declaró que los talentos que en aquella vida aventurera y agitada había debido adquirir Juana Vaubernier, sería la mejor recomendación para el rey cuya debilidad iba cada día en aumento. Richelieu por lo tanto aconsejó á Juana que procediese todo al contrario de como habían hecho las demás mujeres que hasta entonces habían gozado del favor real, es decir, que en vez de hacerse la inocente como ellas, no le ocultara nada absolutamente de los talentos que poseía.

Richelieu era un gran profeta, puesto que las cosas tomaron el giro que él había previsto, y produjeron mejor resultado aun del que se esperaba. En brazos de la señorita Lange soñó Luis XV los más hermosos días de su juventud, y de allá á poco pudo verse todo el ascendiente que sobre él iba á tomar su nueva querida.

Necesitaba solo otro nombre, pues eran demasiadas las personas que la habían conocido con los de Juana Vaubernier, señorita de Laucón y señorita de Lange, para que conservara ninguno de éstos. Tenía Juan un hermano llamado Guillermo Dubarry, al que hicieron venir y le casaron con Juana Vaubernier, dándole cien mil libras en cambio de su nombre: enviéronle en seguida á provincia, y la condesa Dubarry fué presentada en la corte como lo había sido Mad. de Etioles, marquesa de Pompadour.

Entonces fué cuando comprendió M. de Choiseul la falta que había cometido al dar demasiada importancia á las manzanas cocidas del conde Juan.

También fué entonces cuando apareció la célebre canción de la *Bella Borbonesca*, que á pesar de lo lujuriosa que era, no produjo más resultado que el de divertir á Luis XV y á Mad. Dubarry, quienes le cantaban delante de Mr. de Choiseul, á fin de que no ignorase el ministro que ellos la conocían.

Por este tiempo se anunció la llegada á París del rey de Dinamarca, Cristián VII, y como fuera este príncipe joven y arrogante figura, aquella nueva puso en movimiento á la corte, á la ciudad, y sobre todo á los teatros.

Quando se supo adónde iba á parar, las casas inmediatas se llenaron de las más hermosas mujeres de París, algunas de las cuales se pusieron de acuerdo con el adornista de las habitaciones del augusto viajero, en cuya alcoba y pieza de tocador colocó algunos retratos de aquéllas. La señorita Grandi, de la Ópera, formó la delantera y le envió el suyo en traje de Venus solicitando la manzana del hermoso Paris.

El rey de Dinamarca fué á París, donde apenas fijó la atención sino en los enciclopedistas, suponiéndose

que no hizo el menor caso de todas las insinuaciones femeninas.

Mr. de Choiseul, sin embargo, se ocupaba de un negocio que debía neutralizar el influjo de Mad. Dubarry; el casamiento del delfin con una archiduquesa de Austria.

La rama imperial era rica en princesas, y hacía largo tiempo que existía el proyecto de unir con vínculos de sangre á los Borbones con los Césares; se había hablado de volver á casar al rey, pero éste se sentía muy viejo para un matrimonio, y en su consecuencia se determinó casar al delfin en lugar del rey, y Mr. de Breteuil fué el encargado de estudiar entre las jóvenes archiduquesas, la que mejor podría convenir á la corona de Francia.

Aun puede verse en el palacio de Versalles el cuadro que con este motivo se hizo, y que representa á María Teresa en Schönbrunn: en él se ve á la ilustre emperatriz, reina fresca y lozana aún; en medio de un grupo de jóvenes pimpollas, entre aquellas tiernas jóvenes de cabellos rubios, de ojos azules y apacibles, de cutis mate y brillante á la vez, se reconoce á María Antonieta á la edad de 15 años.

María Antonieta Josefina Juana de Austria, nació en Viena el 2 de noviembre de 1755.

Dos años antes de abandonar á Schönbrunn, sabía ya María Antonieta que estaba destinada para el trono de Francia. Mr. de Choiseul le había elegido un preceptor de su confianza, el abate Hermond, de modo que hablaba perfectamente el francés, y con la misma facilidad el inglés, el italiano y el latín.

María Teresa hizo aprender el latín á su hija por gratitud, pues en este idioma había arengado á sus

fieles húngaros, y en el mismo éstos hicieron su juramento de morir por ella.

La canción de la joven archiduquesa no había sido menos esmerada bajo el punto de vista de las artes de adorno, que de la filología: Gardel fué su maestro de baile, Gluck la instruyó en la música, entusiasmándola con sus melodías, y por último llegó á dibujar con notable maestría.

En cuanto á la parte política de la educación, á nadie la había confiado María Teresa, y puso el mayor cuidado en que, llegando á ser francesa por la forma y en sus maneras, siempre permaneciese austriaca María Antonieta en el fondo de su corazón.

Según hemos dicho, hacía ya dos años que la política de los dos gobiernos había contratado el matrimonio, cuando el príncipe de Lorena fué designado para pasar á Viena á pedir oficialmente la mano de María Antonieta, que fué otorgada al punto.

La Europa entera se estremeció al difundirse esta noticia, que parecía consolidar por largo tiempo la alianza austro-francesa, y que por consiguiente cambiaba toda la política del Norte. En cuanto á la Francia, debemos decir que se preparó para las magníficas fiestas que generalmente acompañan al himeneo de las testas coronadas.

Entonces fué cuando apareció uno de los primeros folletos economistas: se intitulaba:

Idea singular de un buen ciudadano, relativa á las funciones que han de celebrarse en París y en la corte, con motivo del matrimonio del delfin.

Dichas funciones, cuya numeración publicaba el

autor del folleto, debían costar á la Francia veinte millones, según su cálculo.

Después añadía lo siguiente :

« Propongo que, en vez de malgastarlos de esa manera, entren en el tesoro esos veinte millones á cuenta de las contribuciones de este año: haciéndolo así, no se divertirán los ociosos de la corte y de la ciudad, á costa de las lágrimas de los pueblos, se derramará la alegría en las almas de los cultivadores, participará la nación entera del fausto acontecimiento que le proporciona un alivio, y gritarán en los más oscuros rincones del reino : ¡ viva Luis, nuestro muy amado monarca ! Semejante fiesta, nueva en su especie, cubrirá al rey de una gloria más verdadera y durable, que toda la pompa y esplendor de ese asiático lujo, arrancado al sudor del pobre ; la historia también transmitirá con más elocuencia á la posteridad este rasgo de amor paternal, que los frívolos pormenores de una magnificencia onerosa para el pueblo, y bien impropia de la verdadera grandeza de un rey, padre de sus súbditos. »

La redacción de este folleto se atribuyó á Juan Jacobo Rousseau.

Ya se concebirá sin violencia que el rey no se aprovechó de estos saludables consejos, pues no había llegado todavía la época en que la reina de Francia se tomaba el trabajo de contestar por sí misma á un folleto de Olimpia de Gouges.

María Antonieta salió de Viena bien preparada con las instrucciones de su madre, en cuyo número eran notables las siguientes, escritas de propio puño de la emperatriz reina :

Lista de los señores de la corte recomendados á María Antonieta de Austria, por su madre la emperatriz María Teresa, en el momento de partir de Viena la primera para dar la mano al delfín de Francia.

LISTA DE MIS CONOCIDOS :

El duque y la duquesa de Choiseul.

El duque y la duquesa de Praslin.

Hauteford.

Los Duchatelet.

De Estrées.

De Aubeterre.

El conde de Broglie.

Los hermanos Montazet.

Mr. de Aumont.

Mr. Gerard.

Mr. Blondel.

La Beauvais, religiosa, y su compañera.

Los Durfort. Daréis á esta familia, en toda ocasión que se presente, pruebas de reconocimiento y de aprecio.

Lo mismo digo respecto al abate de Vermont, pues me interesa muy particularmente su suerte y la de sus deudos. Mi embajador está encargado de este deber, que deseo se cumpla con la mayor eficacia.

Siento en el alma faltar á mis principios, que me aconsejan no recomendar á persona alguna ; pero tanto vos como yo debemos demasiado á las que aquí cito, para que dejemos de serles útiles siempre que para ello se nos presente coyuntura, aun cuando sea sin mucho empeño.

« Consultad á Mery mi embajador en todos los negocios de alguna importancia.

» Os recomiendo en general á todos los de Lorena; son mis súbditos, y es justo que en vos encuentren ayuda y amparo.»

Parécenos asimismo curioso colocar aquí la lista de las personas, que por su parte había recomendado el delfin antes de su muerte, y de este modo se comprenderá el conflicto que debían producir en Versalles estas encontradas recomendaciones.

Lista de muchas personas recomendadas por el delfin á aquel de sus hijos que suceda á Luis XV en el trono. (Esta lista, con otros papeles no menos importantes, fué confiada á Mr. de Nicolai.)

» *Mr. de Maurepas*, es un antiguo ministro en desgracia, que ha conservado, según mis informes, su constante adhesión á los verdaderos principios de la política, que Mad. de Pompadour ha desconocido.

» *El señor duque de Aiguillon*, pertenece á una casa que siempre ha seguido un sistema de política, obligatorio tarde ó temprano para la Francia, si ésta ha de atender con preferencia á su propia seguridad. Se formará con la edad, y puede ser útil desde luego bajo muchos conceptos. Sus principios acerca de la autoridad real son puros, como los de su familia: ésta los conserva intactos desde el cardenal de Richelieu.

» Mi padre ha desatendido á un hombre de carácter brusco, y en cuyo entendimiento se abrigan algunos errores, pero cuya honradez puede ponerse á prueba con entera confianza.

» *Mr. de Machault*: el clero le detesta por su severidad contra los malos curas. La edad ha moderado su ruda franqueza.

» *Mr. de Trudaine*, disfruta de una reputación de probidad extraordinaria: su adhesión es grande, y sus conocimientos extensos y profundos.

» *El cardenal de Bernis*, se halla al fin recompensado por los servicios que ha tenido ocasión de prestar á la casa de Austria. Pero su sistema político estaba concebido con más cordura que el de Mr. de Choiseul. Ha sido despedido por no haber trabajado lo bastante en favor de la emperatriz, pues no ha podido olvidar que es francés. Si modera su resentimiento, demasiado patente, contra un partido poderoso en el clero y muy adicto á nuestra casa, llegará á ser un hombre sumamente útil.

» *Mr. de Nivernois*, tiene talento y sabe agradar; puede ser empleado en embajadas, cuyos secretos posee: es el hombre más á propósito para la diplomacia.

» *Mr. de Castries*, es un excelente militar lleno de luces é inexorable contra faltas en que el honor se interesa.

» *Mr. de Muy*, es la virtud personificada, y ha heredado todas las grandes cualidades que se atribuyen á Mr. de Montausier; siempre se le encuentra en la senda del honor y de la virtud.

» *Mrs. de Saint-Priest*, han hecho su carrera por Mad. de Pompadour, pero tienen mucha capacidad y deseos de avanzar más. El padre vale más que su hijo y que el caballero: este último será muy útil algún día.

» *El conde de Perigord*, es prudente y honrado.

» *El conde de Broglie*, tiene talento y actividad; sus combinaciones políticas merecen examinarse.

» *El mariscal de Broglie*, es muy propio para el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

mando de un ejército en campaña, si llega á encenderse la guerra.

» *El conde de Estain*, ha nacido para la carrera á que se dedica con un afán incansable.

» *Mr. de Bourcet*, es hombre de instrucción sólida, y lo mismo puede decirse del *barón de Espagnac*.

» *Mr. de Vergennes*, pertenece al cuerpo diplomático; su fuerte es el orden en todas las cosas, y prosigue una negociación, por intrincada que sea, con un método que desespera á sus contrarios.

» En el parlamento y en las familias de los presidentes se encuentran hombres distinguidos, adictos á sus deberes: tampoco faltan sobresalientes varones entre los consejeros.

» *El presidente Ogier*, es de un carácter á propósito para negociaciones difíciles y borrascosas; pero en la magistratura abundan espíritus en efervescencia, es decir, hombres que sin peligro sólo deben ser empleados en el parlamento, pues fuera de él pudieran acarrear perturbaciones en el servicio público.

» En cuanto al clero, *Mr. de Jarente* ha distinguido en este cuerpo á muchas personas, que merecen ser ignoradas. Observa una conducta opuesta á la de su predecesor, que se empeñaba en que el clero debía ser ejemplar, y sobre todo religioso; así es que ha elegido para las dignidades á sujetos que se le parecen mucho.

» *El obispo de Verdún*, es hombre demasiado conocido para que necesitase recomendación. Su mayor cuidado ha consistido en sacar discípulos probos, ilustrados y capaces de desempeñar los primeros puestos: un hombre como éste no puede vegetar en el olvido. Lo mismo debo decir de las demás perso-

nas que se dedican á la educación de los príncipes de Francia.

» *El duque de la Vauguyón*, tampoco necesita ser recomendado: su familia es muy adicta á nuestra casa.

» En cuanto al antiguo *obispo de Limoges*, su virtud, su candor y su delicadeza hablan bastante en su favor.

» Hay además otras personas muy recomendables, pero tienen cargos, y por otra parte están relacionadas con las que hemos expresado; es pues, inútil mencionarlas aquí.

» *El señor arzobispo de Paris* (Beaumont), debe ser considerado como una de las columnas de la religión, que nuestra familia, por su propio interés y por conciencia, debe mantener á todo trance en sus estados. Mi muy cara esposa y madre de mis hijos explicará esto mejor que yo, y sabrá distinguir el bien del mal. Inútil me parece dejar consignado lo muy digna que la hacen sus virtudes del más tierno respeto. »

La joven princesa austriaca partió de Viena con las instrucciones de su madre, sumamente alegre por ver la Francia, llena de esperanzas para su porvenir, y de confianza en cuanto á lo presente.

Un presagio, no obstante, la hizo estremecer.

El cuarto que se le destinó para dormir, en la primera casa que llegó á pisar del territorio francés, estaba cubierto con una tapicería que representaba la degollación de los inocentes. Había allí tanta sangre derramada, tanta verdad y expresión en las fisonomías de las figuras, que la joven princesa pidió otro aposento, no osando acostarse en el que se le había preparado.

En Compiègne se celebró la entrevista ceremonial, que más adelante se renovó para María Luisa, y que en ninguno de ambos casos produjo el menor bien para la Francia.

María Antonieta, obedeciendo á los preceptos de la etiqueta, se precipitó á los pies de Luis XV, quien la levantó, la besó en ambas mejillas, y antes de la bendición nupcial la condujo á la Muette, donde le fué presentada la condesa Dubarry.

También esta favorita figuraba en el programa de María Teresa, pues la emperatriz no olvidaba los servicios prestados al Austria por Mad. de Pompadour, y según se ha visto, siempre se mostraba agradecida á sus recuerdos.

María Antonieta, á pesar del descontento de los Choiseul, pareció una joven perfecta á Mad. Dubarry.

Versalles resplandecía: todos los adornos eran de oro y de brocado; pero un nuevo augurio persiguió á la encantadora delfina en aquel palacio de mármol.

Al punto en que ponía el pie en su recinto, descargó una horrible tempestad, y un espantoso y prolongado trueno envolvió todo el horizonte con un círculo amenazador negro y rojizo.

La joven miró con zozobra al cardenal de Richelieu, que se hallaba inmediato á su persona.

— ¡Triste presagio! dijo éste meneando la cabeza.

En efecto, el mariscal no era adicto á la alianza austriaca.

Al siguiente día fué la delfina á París, y el espectáculo que presenció en esta capital la tranquilizó de los presentimientos anteriores. Todo París se había engalanado para recibirla, y atravesó la capital en medio de entusiastas gritos que repentían: ¡Viva el delfin! ¡Viva la delfina! El contento del pueblo era

tan vivo y tan espontáneo, que María Antonieta se sintió profundamente conmovida.

— Estáis viendo á vuestro alrededor, la dijo Mr. de Brissac, doscientos mil enamorados de vuestras gracias.

Pero el destino se mezclaba en todas las alegrías, y en cada fiesta tomaba su diezmo la muerte.

Harto se sabe cuán numeroso fué el que tomó en la plaza de Luis XV, en la que debía celebrarse una función de fuegos artificiales, cuyo árbol solamente costó sesenta mil libras; se abrió por aquel tiempo la calle real de Saint-Honoré y su arrabal. Preparaban los rateros una de esas aperturas en que ensayan sus talentos, y todos asustados de aquella marejada desconocida que de repente agitaba aquel océano de hombres, cada cual quiso huir por su lado, unos se precipitaban en las zanjas, otros se ahogaban entre la muchedumbre, y otros, en fin, se estrellaban contra las paredes.

La policía confesó haber recogido doscientos cadáveres.

Los parisienses murmuraban que habían sido arrojados al Sena mil doscientos.

En menos de un mes, era este el tercer presagio, y, como se ve, no el menos terrible.

El acontecimiento causó grande impresión en el delfin.

Acababa de recibir dos mil escudos que el rey le daba todos los meses, y se los remitió á Mr. de Sartes con esta carta:

« Ha llegado á mi noticia la desgracia acacida con motivo de las fiestas hechas en mi obsequio, y me ha afectado sobremanera; acaban de traerme la asigna-

ción que el rey me envía todos los meses para mis gastos menudos : y como no puedo disponer de otra cosa, os mando esta pequeña cantidad para que socorráis á los más desgraciados.

» Os profeso, señor, el mayor aprecio.

» LUIS AUGUSTO. »

En Versalles á 4º. de julio de 1770.

En medio de todo la delfina había llamado en gran manera la atención. He aquí el retrato que daban de ella las *Nouvelles á la main*.

« Madama la delfina, de gran estatura para su edad y de pocas carnes, sin ser flaca, parece una joven no formada aún. Es muy bien hecha, y de excelentes proporciones todos sus miembros; sus cabellos, de un rubio precioso, anuncian que serán después de un castaño claro; la forma de su rostro es ovalada, aunque un poco larga, y sus cejas están tan bien pobladas cuanto pueden estarlo las de una rubia; sus ojos son azules, sin dejar de tener expresión, y los juega con una viveza extremada. Su nariz afilada y la boca pequeña, aunque los labios son un poco gruesos, sobre todo el inferior, que, como es sabido, constituye el labio austriaco: el brillo de su tez es deslumbrador, y lo subido de sus colores podría dispensarla del uso del carmin; su aire es el de una archiduquesa, pero su dignidad es eminentemente apacible, siendo difícil al contemplar esta princesa, negarle un respeto mezclado de ternura. »

Nada menos que una beldad semejante se necesitaba para tranquilizar á Luis XV.

No tenía grande convicción acerca de la virilidad del duque de Berry, el cual no había manifestado jamás el menor deseo de acercarse á una mujer; por lo tanto, la vispera de las bodas llamó á Mr. de la Vauguyón, preceptor del delfin, y se informó de él si la educación de Luis Augusto era tan completa como debía serlo la de un hombre que iba á casarse al día siguiente. Mr. de la Vauguyón, que no había creído que los deberes de su cargo se extendiesen tanto, miró al rey con asombro, balbuceó algunas palabras, y concluyó por confesar que no había dicho una palabra al delfin de las cosas que el rey deseaba que supiese. Viendo entonces Luis XV que [de ningún modo M. de la Vauguyón sería un buen preceptor en materias conyugales, inventó un medio ingenioso de hablar á los ojos del adepto haciendo colocar en las paredes del corredor que conducía desde su cuarto al de la delfina las estampas del Aretino moderno que acababa de publicar en 1763 el abate Dulaurens, y que no dejaban nada que desear sobre los puntos más oscuros de la ciencia, en que confesaba el conde de la Vauguyón había sido tan pobre preceptor; y encargó al ayuda de cámara del delfin recomendase á su señor en el momento de ir á entregarle la luz, que mirase con atención las estampas colocadas en la pared del corredor.

Hizose todo como se había encargado; pero á pesar de esta precaución, circuló al día siguiente un rumor extraño, que le hizo decir á Luis XV:

— Ciertamente si mi nuera no hubiera sido tan honrada, diría que el pobre muchacho no es mi nieto.

No olvidemos consignar aquí que se suscitó una grave discusión en el baile de la corte. La misma

noche de este casamiento que debía tener tan singular resultado, los príncipes de la casa de Lorena y hasta los simples colaterales, como el príncipe de Lambeseh, por ejemplo, tuvieron la pretensión de querer colocarse después de los príncipes de la sangre y antes de los pares; el rey, para dar una prueba de atención á María Teresa, que había pedido este honor para los príncipes y princesas sus aliados, consintió en esta infracción del derecho de los pares, lo cual dió por resultado una protesta por parte de los duques y pares bajo la presidencia de Mr. de Broglie, obispo y conde de Noyón.

He aquí la carta del rey sobre este suceso :

« El embajador del emperador y de la emperatriz reina, en una audiencia que ha obtenido de mí, me ha pedido de parte de su amo, y yo estoy obligado á creer sus palabras, que dé alguna prueba de distinción á la señorita de Lorena con el presente motivo del matrimonio de mi nieto con la archiduquesa Antonieta.

» Siendo el baile la única cosa que no pueda tener consecuencia, toda vez que la elección de los caballeros depende sólo de mi voluntad, sin distinción de sitios, rangos ó dignidades, exceptuando los príncipes ó las princesas de mi sangre que no pueden igualarse á ningún otro francés, y no queriendo por otra parte innovar lo que se practica en mi corte, cuento con que los grandes y la nobleza de mi reino, en virtud de la fidelidad, sumisión, adhesión y hasta amistad que siempre han demostrado á mí y á mis predecesores, no darán lugar jamás á nada que pueda desagradarme, sobre todo en esta ocasión en que deseo dar una prueba á la emperatriz de mi reconoci-

miento por el presente que me ha hecho, que, como espero, hará la felicidad del resto de mis días.

« LUIS. »

Á pesar de esta invitación que se parecía mucho á una súplica, la mayoría de los duques y pares dejaron de concurrir al baile.